

CAPÍTULO 3

EL CUARTO DEBATE

Las Relaciones Internacionales experimentaron un cambio histórico en los años noventa, consecuencia en gran medida de desarrollos que habían venido produciéndose en el decenio precedente. El debate inter-paradigmático deja de ser la referencia fundamental para entender el estado de cosas que caracteriza a la disciplina. Va a tener lugar la entrada en una nueva fase que, como en momentos anteriores en la historia de esta ciencia, está marcada por un nuevo debate. Con la desaparición del debate inter-paradigmático, se registra una alteración en el tono de la discusión en el seno de la comunidad académica. Durante el tercer debate, el intercambio de opiniones ocurrió en un clima distendido, en un clima del que estuvieron ausentes, pese a la importancia de las cuestiones en juego, las posturas intransigentes. El cuarto debate supone el inicio de una etapa de efervescencia teórica sin precedentes. El tono de la discusión sufre, de manera acorde con esta efervescencia, una transformación, adquiriendo un grado de acritud que queda patente en las críticas y contracríticas que se dirigen los contendientes en el mismo. En este sentido, el cuarto debate se asemeja más a los dos primeros debates en la disciplina.

Este capítulo trata de describir las razones que promovieron la disolución del debate inter-paradigmático. Además, pretende poner de relieve cuáles son los rasgos esenciales que dotan de personalidad propia al cuarto debate. Entre las preguntas a las que procura responder están las siguientes: ¿cuáles son las partes implicadas en este nuevo debate?, ¿cuáles son los puntos centrales de discrepancia en torno a los que se articula el debate?, ¿cuál es, en

definitiva, el nuevo mapa que puede servir de guía para situarse en el momento actual de la disciplina?

3.1. LA DESAPARICIÓN DEL DEBATE INTER-PARADIGMÁTICO

La significación del debate inter-paradigmático en los años setenta y ochenta está fuera de toda duda. Sin embargo, las alusiones a dicho debate fueron desvaneciéndose con gran rapidez. Bien fuera en su versión ortodoxa, que describía la disciplina en términos de un único paradigma, bien fuera en su versión relativista, que describía la disciplina en términos de una pluralidad paradigmática, el tercer debate no superaría el espacio temporal delimitado por los dos decenios mencionados. Son varios los motivos que pueden explicar esta circunstancia: la excesiva simplificación implícita en la reducción del debate a tres grandes enfoques, el carácter desigual del intercambio de opiniones entre ellos, la evolución del globalismo hacia posiciones compatibles con el neorrealismo y la pérdida del carácter de inconmensurabilidad de los paradigmas.

Primeramente, puede destacarse que la visión ordenada de la disciplina, formada en torno a la existencia de tres paradigmas, se logró a costa de una excesiva simplificación¹. Dentro de cada uno de estos paradigmas había una gran diversidad de puntos de vista. Así, por ejemplo, el paradigma estatocéntrico englobaba corrientes de pensamiento —como la idealista, la realista y la behaviorista— con serias discrepancias entre ellas. En distintos momentos del pasado de la disciplina, la agrupación de estas corrientes dentro de un mismo marco de referencia se hubiera considerado como algo sorprendente. Ciertamente, la intensidad de los debates, primero, entre idealismo y realismo y, después, entre realismo y behaviorismo, han marcado auténticos hitos en la evolución de las Relaciones Internacionales. Los participantes en dichos debates difícilmente hubieran admitido estar unidos por determinadas concepciones comunes. Incluso, en fechas más próximas, ya se ha destacado que autores como Vasquez², en el caso del idealismo, y Korany³, en el del behaviorismo, han defendido la concesión a tales corrientes del título de paradigma. Al igual que el paradigma estatocéntrico, el globalismo y el estruc-

¹ S. Smith, "The Self-Images of a Discipline: A Genealogy of International Relations Theory", en K. Booth and S. Smith (Eds.), *International Relations Theory Today*, London, Polity Press, 1995, p. 19.

² J. A. Vasquez, *The Power of Power Politics...*, op. cit., p. 117 y 122.

³ B. Korany, op. cit., p. 707.

turalismo registraron en su seno fuertes discusiones entre partidarios de construcciones teóricas diversas. En lo que respecta al globalismo, J.-F. Rioux, E. Keenes y G. Légaré estimaron que estas construcciones teóricas estaban tan profundamente distanciadas como para elevarlas a la condición de paradigmas. Así, en lugar de una única perspectiva globalista, plantearon la consideración de dos paradigmas: el mundialismo, que se sustentaba en la obra de J. W. Burton, y el transnacionalismo, que se apoyaba en las tesis de Keohane y Nye⁴. El mundialismo iba más allá de la noción transnacionalista de una pluralidad de actores en torno a la figura central del Estado. Para Burton, el mundo estaba formado por redes de transacciones que superaban sistemáticamente las fronteras estatales, teniendo el grueso de dichas redes un origen no-gubernamental. En cuanto al estructuralismo, es posible distinguir dos grandes corrientes: la teoría de la dependencia y la teoría del sistema capitalista mundial⁵. Entre ellas cabe establecer dos diferencias principales. Por una parte, así como la primera estaba preocupada por el estudio de las regiones subdesarrolladas del Tercer Mundo, la segunda entendía que tanto regiones desarrolladas como subdesarrolladas debían ser tenidas en cuenta en orden a explicar el fenómeno global de las desigualdades económicas. Por otra parte, mientras que la teoría de la dependencia estaba centrada en el caso latinoamericano, tendiendo a considerar sus problemas como únicos, la teoría del sistema capitalista mundial contemplaba dicho caso como parte de una experiencia de explotación más amplia⁶. Asimismo, dentro de cada una de estas teorías podían apreciarse discrepancias notables. F. H. Cardoso escribió que las diferencias que separaban a los especialistas que se englobaban en la escuela de la dependencia eran tan marcadas que "difícilmente permitirían reunir a todos ellos en la misma sala de conferencias"⁷.

⁴ J.-F. Rioux, E. Keenes et G. Légaré, "Le Néo-Réalisme ou la Reformulation du Paradigme Hégémonique en Relations Internationales". *Etudes Internationales*, Vol. XIX, n.º 1, 1988, p. 64.

⁵ C. Brown ha llegado a distinguir no dos, sino tres corrientes teóricas en el paradigma estructuralista: a) Dependencia, b) Análisis centro-periferia y c) Análisis del sistema mundial. En la primera incluye a autores como F. H. Cardoso, E. Faletto, T. Dos Santos, C. Furtado, etc. En la segunda agrupa especialistas como A. G. Frank, S. Amin, A. Emmanuel, etc. En la última de las corrientes citadas menciona como figura clave a I. Wallerstein. Ver la contribución de C. Brown: "Development and Dependency", en M. Light and A. J. R. Groom (Eds.), op. cit., p. 63.

⁶ P. R. Viotti and M. V. Kauppi, op. cit., p. 410.

⁷ F. H. Cardoso, "The Consumption of Dependency Theory in the United States", *Latin American Research Review*, Vol. 12, n.º 3, 1977, p. 7. Contrariamente, otros autores han puesto el acento en la proximidad de las posiciones de las distintas escuelas neomarxistas. Ver por ejemplo: C. Brown, op. cit., p. 68.

En segundo lugar, la participación de los tres enfoques básicos en el debate inter-paradigmático fue muy desigual. Es posible afirmar que dicho debate tuvo como principales protagonistas al paradigma estatocéntrico, especialmente en su versión realista, y al paradigma globalista⁸. Hubo realmente un nivel de discusión muy bajo entre estatocentrismo y estructuralismo o entre globalismo y estructuralismo. En cualquier caso, nada similar a la confrontación intensa entre realismo y globalismo de los años setenta y ochenta que Maghroori y Ranberg denominaron "el tercer debate" en la disciplina. Dejando a un lado la inspiración marxista de buena parte del estructuralismo, la circunstancia descrita puede deberse a los propios orígenes de este paradigma. Su nacimiento se produjo en el seno de la Economía Política⁹. El paradigma estructuralista fue más una consecuencia de las críticas a la teoría del desarrollo vigente en Occidente e, incluso, a determinadas proposiciones del marxismo tradicional, que de los intentos deliberados de crear una alternativa a las posiciones estatocéntricas dominantes.

Estos orígenes del estructuralismo quedan claramente reflejados en el contenido esencialmente económico de la literatura que solía presentarse como característica del mismo. El grueso de esta literatura, constituida por las aportaciones de autores como F. H. Cardoso y E. Faletto, C. Furtado, A. G. Frank, S. Amin y O. Sunkel, estuvo orientado al análisis de los efectos del sistema capitalista mundial sobre las economías del conjunto o de determinadas regiones del mundo menos avanzado. La obra de otros autores, como la de J. Galtung e I. Wallerstein, presenta en ocasiones una mayor proximidad a cuestiones de relaciones internacionales, pero aun así el énfasis fundamental de su trabajo recae en problemas de subdesarrollo. En concreto, Wallerstein ha sido criticado por ignorar en su análisis histórico los dominios políticos y diplomáticos y por tratar al Estado como mero instrumento de los grupos económicos dominantes. Solamente un grupo reducido de autores, como R. Cox, A. Linklater o M. Hoffmann parecía encajar de manera natural en la disciplina. Hasta cierto punto resultaba un tanto forzado ver englobados a estos autores, junto con algunos de los citados más arriba, dentro de la rúbrica general de estructuralistas o dependentistas. La significación de este grupo reducido de autores varía radicalmente con el comienzo del cuarto debate. Pasan a ubicarse, como partidarios de la teoría crítica, en el seno del reflectivismo.

El estructuralismo, en definitiva, permaneció en gran medida en su estado original. Este enfoque fue tomado como una de las alternativas paradigmáti-

⁸ O. Wæver, "The Rise and Fall of the Inter-paradigm Debate", *op. cit.*, p. 161.

⁹ K. J. Holsti, *The Dividing Discipline...*, *op. cit.*, p. 66.

cas en las Relaciones Internacionales, confiando posiblemente en que en el proceso de adaptación a la disciplina adquiriera un perfil más "internacional". Fueron pocos, sin embargo, los esfuerzos llevados a cabo desde la propia disciplina para transformar el legado recibido, buscando, entre otras posibilidades, desarrollar una mayor relación entre el campo de la economía y el campo de la política¹⁰.

Como tercer motivo de la difuminación del debate paradigmático, cabe destacar que el globalismo sufrió cambios de sumo interés. Dentro de este paradigma, las posiciones más abiertamente superadoras del estatocentrismo acabarían perdiendo terreno en favor de lo que con anterioridad hemos llamado transnacionalismo. En efecto, las tesis de J. W. Burton expuestas en *The World Society* no fueron articuladas de manera suficiente para constituir una alternativa al viejo paradigma. Lejos de ello, Burton y otros autores que compartían sus ideas restringieron notablemente su foco de interés, dedicando gran parte de sus esfuerzos al estudio de una cuestión crítica en las Relaciones Internacionales: el análisis y resolución de conflictos¹¹. Es en este terreno concreto, por tanto, donde se concentrarían las ambiciones de crear alternativas al realismo. En consecuencia, el globalismo pasó a estar dominado por formulaciones transnacionales o, como cada vez con mayor frecuencia se les fue denominando, neoliberales. Estas formulaciones fueron considerablemente más compatibles con las premisas realistas. El neoliberalismo sólo representó una amenaza al viejo paradigma en la medida en que amplió los límites de la disciplina definidos por él, pero en lo sustancial no supuso una oposición frontal al mismo¹². R. O. Keohane escribió que "las teorías realistas (...) necesitan ser suplementadas, aunque no reemplazadas, por teorías que señalen la importancia de las instituciones internacionales"¹³. El neoliberalismo reserva un lugar destacado a los presupuestos realistas. Estos siguen siendo vitales para entender la política internacional cuando ésta está dominada por relaciones de poder. No obstante, este tipo de situaciones son cada

¹⁰ Uno de los esfuerzos por explorar la relación entre economía y política puede encontrarse en: C. Chase-Dunn, "Interstate System and Capitalist World-economy: One Logic or Two?", *International Studies Quarterly*, Vol. 25, March, 1981, pp. 19-42.

¹¹ A este respecto, ver, por ejemplo, el contenido de las siguientes obras: C. R. Mitchell, *The Structure of International Conflict*, London, Macmillan, 1981; J. Burton, *Conflict: Resolution and Prevention*, London, Macmillan, 1990; J. Burton and F. Dukes, *Conflict: Readings in Management & Resolution*, London, Macmillan, 1990; C. Mitchell and M. Banks, *Handbook of Conflict Resolution: The Analytical Problem-solving Approach*, London, Pinter, 1996.

¹² S. Guzzini, *Realism in International Relations and...*, *op. cit.*, p. 112.

¹³ R. O. Keohane, *Después de la Hegemonía: Cooperación y Discordia en el Política Económica Mundial*, Buenos Aires, GEL, (1984) 1988, p. 28.

vez más minoritarias en lo que constituye la realidad internacional de determinadas partes del mundo. En distintas áreas de esa realidad —el comercio internacional, el sistema monetario internacional, la protección medioambiental, la preservación de los recursos pesqueros o la ayuda al desarrollo—, los neoliberales detectan la presencia de regímenes¹⁴. Sin este nuevo esquema conceptual, una parte apreciable del comportamiento observable en la escena internacional no tendría una explicación satisfactoria.

Por tanto, el globalismo perdió gran parte de su carácter de alternativa al estatocentrismo. En lugar de centrarse en la emergencia de una sociedad global y en la creciente fragmentación del Estado, el globalismo, transformado en neoliberalismo, puso el acento en la forma en que los Estados, definidos como actores racionales, conseguían establecer relaciones de cooperación en un medio anárquico¹⁵.

Por último, la complementariedad con el realismo que propugnaban las formulaciones liberales en los años ochenta puso en cuestión el carácter incommensurable de los paradigmas. La difuminación de este rasgo característico del debate inter-paradigmático fue reforzada por determinadas orientaciones fundamentales del neorealismo y neoliberalismo. El neorealismo vino a respaldar al paradigma estatocéntrico en su pugna, principalmente, con el globalismo, pero al mismo tiempo supuso un cambio transcendental con respecto al realismo tradicional. Lo que quizás más distinguió al neorealismo fue su carácter científico¹⁶. Al plantear esta reformulación del pensamiento ortodoxo en la disciplina, Waltz entendía que las reflexiones y las especulaciones generales no eran suficientes, que el realismo tenía que expresarse en forma de teorías, de sistemas de proposiciones claramente especificadas. Este hecho, como desarrollos similares en el seno del globalismo, tendrían repercusiones notables sobre la visión de la disciplina en términos de paradigmas. Efectivamente, en este caso, el paradigma estatocéntrico se vio privado de gran parte de su contenido metateórico. Las grandes disquisiciones sobre la naturaleza de la política fueron reemplazadas por proposiciones muy precisas¹⁷. Así, el neorealismo, que sólo perseguía poner

¹⁴ R. O. Keohane and J. S. Nye, *Poder e Interdependencia: La Política Mundial en Transición*, Buenos Aires, GEL, (1977) 1988, p. 35.

¹⁵ R. Little, "The Growing Relevance of Pluralism?", en S. Smith, K. Booth and M. Zaleski (Eds.), *op. cit.*, p. 80.

¹⁶ K. N. Waltz, "Realist Thought and Neorealist Theory", *Journal of International Affairs*, Vol. 44, n.º 1, 1990, pp. 21-37.

¹⁷ J. Donnelly, *Realism and International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, p. 31.

de relieve "un pequeño número de cosas grandes e importantes"¹⁸, estableció un nítido contraste con la retórica del realismo clásico, que generalizaba sobre la naturaleza de la vida humana y la naturaleza inherentemente trágica de la política.

La teoría liberal experimentó un desarrollo paralelo. Dejó de ser una interpretación general de la naturaleza de las Relaciones Internacionales, para concentrarse en plantear unas pocas cuestiones muy concretas. Según O. Wæver quizás sólo una: ¿cómo afectan las instituciones a los incentivos de los Estados?¹⁹ Basando su punto de vista en premisas realistas, es decir, entendiendo los Estados como actores racionales y egoístas, los neoliberales tratan de demostrar que las instituciones son posibles y relevantes incluso en el marco restrictivo de dichas premisas. Los neoliberales, al igual que los neorealistas, buscaron afirmaciones cada vez más precisas y limitadas que pudieran reducirse a simples proposiciones analíticas susceptibles de teorización y verificación.

Por tanto, a lo largo de los años ochenta, el realismo se transformó en neorealismo y el globalismo en institucionalismo neoliberal. Ambos sufrieron una redefinición que apuntaba a un menor contenido metafísico, a un minimalismo teórico, circunstancias que los convertirían en crecientemente compatibles. Los paradigmas estatocéntrico y globalista, reconvertidos ahora en neorealismo y neoliberalismo, perdieron el rasgo de incommensurabilidad, para pasar a compartir un programa de investigación "racionalista", una misma concepción de la ciencia y una común aceptación de trabajar bajo la premisa de anarquía y de investigar la evolución de la cooperación y de las instituciones²⁰. La síntesis neorealismo-neoliberalismo acabaría constituyéndose en el *mainstream* o corriente principal de la disciplina²¹.

Además de estas razones, pueden mencionarse las circunstancias históricas concretas en las que se desarrolló el debate inter-paradigmático. Es posi-

¹⁸ K. N. Waltz, "Reflections on Theory of International Politics: A Response to My Critics", en R. O. Keohane (Ed.), *Neorealism and Its Critics*, New York, Columbia University Press, 1986, p. 329.

¹⁹ O. Wæver, "The Rise and Fall of the Inter-paradigm Debate", *op. cit.*, p. 162.

²⁰ *Ibidem*, p. 163.

²¹ Esta tendencia hacia la reconciliación o complementariedad entre los distintos paradigmas, en especial entre el tradicional y el de la sociedad global, fue apuntada por C. del Arenal. "La compleja realidad internacional actual, que impide negar la importancia tanto de los Estados como de los actores transnacionales, tanto de las relaciones interestatales como de las transnacionales, tanto de las situaciones de conflicto como de la cooperación, hace que la teoría de las relaciones internacionales haya optado, en cierta medida, por una opción ecléctica, de compromiso". Ver: C. del Arenal, "La Teoría y la Ciencia de las Relaciones Internacionales Hoy", *op. cit.*, p. 605.

ble que los acontecimientos internacionales no favorecieran la consolidación de este debate. En el capítulo anterior vimos cómo el predominio del estatocentrismo en las Relaciones Internacionales, a pesar de sus muchas deficiencias, estuvo vinculado al estallido de una nueva guerra fría a finales de los años setenta. Pero la realidad internacional no favoreció en la misma medida a los paradigmas globalista y estructuralista. En el caso del primero, el desorden de la economía internacional en los años setenta y la adopción ante el mismo de medidas proteccionistas actuaron en detrimento de ideas globalistas clave como la de interdependencia. Al mismo tiempo, una experiencia de corte liberal, la integración europea, afectada por las dificultades económicas, entraba en una fase de estancamiento. La teoría de la integración, uno de los desarrollos más notables de este paradigma, quedaba en entredicho²². Cuando la realidad internacional comenzó a cambiar de nuevo en la segunda mitad de los años ochenta, con la apertura de una nueva etapa en el proceso de globalización, no tendría efectos sobre el curso del debate inter-paradigmático. La disciplina se encontraba en aquellos momentos en tránsito hacia el cuarto debate. En el caso del estructuralismo, sus formulaciones teóricas tuvieron que hacer frente un hecho particularmente anómalo: la rápida industrialización de parte de la periferia. Las variaciones en las trayectorias económicas de países del Tercer Mundo no eran reconciliables con unas teorías que destacaban los condicionantes sistémicos del desarrollo. Esto condujo a los autores estructuralistas a completar sus formulaciones teóricas con variables en el nivel del Estado, en concreto, con el papel desempeñado por los gobiernos en la promoción de la industrialización. Este giro teórico, aparte de comprometer la orientación sistémica del estructuralismo, pudo suponer una cierta aproximación al estatocentrismo de neorrealistas y neoliberales²³.

3.2. EL COMIENZO DEL CUARTO DEBATE

El debate inter-paradigmático desapareció súbitamente de la literatura académica a finales de los años ochenta. Con la excepción de algunas obras en las que fue parcialmente utilizado para ordenar la presentación de sus contenidos, el debate inter-paradigmático dejó de ser útil para ofrecer una

²² M. Khaler, "Inventing International Relations: International Relations Theory after 1945", en M. W. Doyle and G. J. Ikenberry, *New Thinking in International Relations Theory*, Boulder, Co., Westview Press, 1997, p. 37.

²³ *Ibidem*, p. 36.

imagen satisfactoria de las Relaciones Internacionales²⁴. La disciplina, en opinión de algunos autores, había entrado en una nueva fase histórica, en un nuevo debate: el cuarto²⁵. La imagen de un cuarto debate, en el que nos encontraríamos actualmente, encaja perfectamente en la evolución de una ciencia social jalonada por momentos críticos de discusión entre los académicos que se dedican a su estudio.

Cabe establecer unos breves paralelismos entre el tercer y el cuarto debate. De un lado, ambos debates están relacionados, aunque de manera diferente, con desarrollos en el terreno filosófico. Es posible observar un vínculo entre el tercer debate y la conmoción que la obra de T. S. Kuhn causó en la filosofía de la ciencia. Sus ideas conformaron un nuevo modelo sobre la evolución del conocimiento en las ciencias naturales. La traslación de ese modelo a las Relaciones Internacionales engendró el debate inter-paradigmático. El tercer debate constituye, pues, un nuevo ejemplo de la influencia de las ciencias naturales sobre las ciencias sociales. El cuarto debate tiene también su origen en cuestiones filosóficas de fondo. Hay una conexión entre este nuevo debate y lo que representa una cuestión central, no en la filosofía de las ciencias naturales, sino en la filosofía de las ciencias sociales: cómo proceder y cómo valorar la obtención de conocimiento en estas últimas. Esta es una cuestión, como se verá un poco más adelante, cargada de repercusiones ontológicas y epistemológicas. Una pregunta interesante es por qué surge precisamente en esos momentos, cuando había estado ausente de la disciplina desde el debate entre tradicionalistas y behavioristas de los años cincuenta y sesenta. La respuesta quizás esté, sin perjuicio de una reflexión más detenida sobre ella, en la insatisfacción con el conocimiento generado en la disciplina desde unos presupuestos positivistas, insatisfacción que se acrecienta con el término de la guerra fría.

De otro lado, ambos debates parecen necesitar un periodo de maduración. El debate inter-paradigmático arrancó en los años setenta, pero los rasgos

²⁴ Ver por ejemplo: S. Smith, K. Booth and M. Zalewski (Eds.), *op. cit.*; J. Baylis and S. Smith (Eds.), *The Globalization of World Politics: An introduction to International Relations*, 2nd ed., Oxford, Oxford University Press, 2001; J. Steans and L. Pettiford, *International Relations: Perspectives and Themes*, Harlow, Longman, 2001. En todas estas obras, una parte de las mismas está dedicada a la exposición de los paradigmas tradicionales.

²⁵ Es necesario mencionar que las referencias al cuarto debate no son habituales. La mayoría de los autores, siguiendo la pauta fijada por Y. Lapid, continúan hablando del "tercer debate". Pese a ello, nos ha parecido más clarificador, tal y como hace O. Wæver, utilizar la expresión "cuarto debate" para delimitar el estado de cosas que comienza a perfilarse a finales de los ochenta del que fue característico —la discusión inter-paradigmática— en los años precedentes.

fundamentales del mismo no fueron trazados con nitidez hasta los años ochenta. Otro tanto puede decirse del cuarto debate. Éste comenzó a fraguarse en el decenio de los ochenta, pero es posible que la fisonomía del mismo esté aún por definir enteramente a principios de este nuevo siglo. El cuarto debate es considerablemente más complejo, lo cual quizás requiera un periodo de maduración más largo. En el famoso artículo de Y. Lapid publicado en 1989, para algunos precursor del nuevo debate, llama la atención que elementos del debate inter-paradigmático y de los enfoques críticos del cuarto debate aparezcan entremezclados²⁶. Aunque es cierto que en algunos aspectos hay una continuidad entre el tercer y el cuarto debate, especialmente en lo que atañe a un relativismo filosófico que contraviene los presupuestos positivistas, este autor habla de una manera genérica del tercer debate, sin dar a entender que la disciplina estaba adentrándose en una fase distinta de la paradigmática. Por otra parte, muestra también de su mayor grado de complejidad, el establecimiento de las principales corrientes críticas que participan en el cuarto debate ha necesitado cierto tiempo. S. Smith, en una importante contribución sobre el estado de la disciplina escrita a mediados de los años noventa, no se refería al constructivismo, como corriente diferenciada, entre los desafíos al *statu quo* académico²⁷. Sin embargo, en nuestros días, el constructivismo supone una de las alternativas más sólidas a dicho *statu quo*. De aquí que acabe de sugerirse que nuestra capacidad de comprensión de lo que está en juego en el cuarto debate pueda todavía mejorar.

El cuarto debate está constituido por la controversia entre racionalistas y reflectivistas. Este debate adquirió carta de naturaleza tras la alocución presidencial de R. O. Keohane ante la ISA en 1988²⁸. Constatando la existencia de dos formas de abordar el estudio de las instituciones internacionales, se refirió a un enfoque racionalista y a un enfoque reflectivista. El primero agrupaba a autores neorrealistas y neoliberales, mientras que el segundo comprendía autores pertenecientes a tendencias diversas. El término reflectivismo no es desde luego el único utilizado para describir el conjunto de estas

²⁶ Y. Lapid, *op. cit.*

²⁷ S. Smith, "Positivism and Beyond", en S. Smith, K. Booth and M. Zalewski (Eds.), *op. cit.*, pp. 25-29. En cambio, Smith si menciona el constructivismo en una contribución posterior. No obstante, este autor tiende a colocar al constructivismo como un enfoque independiente, al margen de los otros tres enfoques reflectivistas. Ver: S. Smith, "Reflectivist and Constructivist Approaches to International Theory", en J. Baylis and S. Smith (Eds.), *op. cit.*, p. 242.

²⁸ R. O. Keohane, "International Institutions: Two Approaches", *International Studies Quarterly*, Vol. 32, n.º 4, 1988, pp. 381-382.

tendencias²⁹. Es habitual encontrar referencias, con exactamente el mismo sentido, a expresiones como pospositivismo, constructivismo, teorías críticas o posmodernismo. No obstante, la mayoría de estas expresiones, como las tres últimas, tienen el inconveniente de poseer un doble significado, por un lado, general, reflejando el colectivo de las tendencias mencionadas y, por otro, muy concreto, refiriéndose al carácter específico de algunas de ellas. Por esta razón, el término de reflectivismo parece adecuado, al no producirse una superposición de significados, y será el que se emplee para designar el conjunto de enfoques críticos a la corriente principal en la disciplina.

En contraste con el minimalismo teórico de la síntesis neorrealismo-neoliberalismo, el cuarto debate va a recuperar un marcado tono metateórico. Como podrá verse a lo largo de este trabajo, el contexto metateórico del nuevo debate es muy distinto y mucho más complejo que el del debate inter-paradigmático. Ello se debe no sólo a la pluralidad de fuentes filosóficas en las que se inspiran los enfoques críticos, sino también a la naturaleza poco convencional del contenido y terminología de algunos de ellos. En ocasiones, el carácter profundamente filosófico que adoptan las discusiones entre los contendientes en el cuarto debate introduce un grado de dificultad apreciable en la comprensión de las mismas. No obstante la formación politológica de la comunidad científica de las Relaciones Internacionales, gran parte del cuarto debate discurre a través de cauces eminentemente filosóficos³⁰.

El cuarto debate tiene que ver principalmente con cuestiones de segundo orden, con cuestiones de teoría social³¹. La teoría social guarda relación con aspectos ontológicos y epistemológicos. Tales aspectos son característicos de todos los campos del saber, no sólo de las Relaciones Internacionales. Las cuestiones de primer orden o teorías sustantivas tienen que ver con campos o áreas de estudio específicos, como, en nuestro caso, el del sistema internacional. La teoría sustantiva está basada en la teoría social, si bien no se desprende directamente de ella. Aunque no todos los participantes en el cuarto debate estarían de acuerdo, cabe pensar si, a largo plazo, el trabajo empírico

²⁹ A este respecto, ver por ejemplo: C. del Arenal, "Teoría de las Relaciones Internacionales y Sociedad Internacional", *op. cit.*, p. 754.

³⁰ Reflejando bien esta circunstancia, A. Wendt en *Social Theory of International Politics* dice que, si bien su formación es politológica, el libro está escrito desde el punto de vista de un filósofo.

³¹ A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 5.

puede ayudarnos a decidir qué teoría social, qué opciones ontológicas y epistemológicas son las más adecuadas.

Aun cuando sea de sobra conocido, puede tener algún interés detenerse brevemente en especificar el contenido de las cuestiones ontológicas y epistemológicas. La ontología hace alusión a los referentes concretos de un discurso explicativo. La ontología de una teoría comprende las estructuras del mundo real —cosas, entidades— y los procesos planteados por la teoría e invocados por las explicaciones que encierra. En definitiva, la ontología responde a la pregunta: ¿de qué está hecho el mundo? Por su parte, la epistemología trata de caracterizar la clase de conocimiento que un método de estudio dado proporciona y de establecer hasta qué punto dicha clase de conocimiento está en consonancia con los que son considerados estándares de un conocimiento verdadero o genuino. La relación entre la ontología y la epistemología puede producirse en una doble dirección. De considerarse prioritaria la ontología, es decir, la definición del mundo, de qué cosas existen en él, la epistemología se colocará en una posición subordinada. En una dirección opuesta, si la prioridad se otorga a la epistemología, es decir, a la definición de lo que constituye ciencia, ésta puede determinar el tipo de cosas o entidades sobre las que podemos adquirir conocimiento.

Con el fin del debate inter-paradigmático desapareció la imagen que durante dos décadas hizo posible una presentación ordenada de las Relaciones Internacionales. Es razonable en consecuencia preguntarse si existe una nueva imagen que, con relativa sencillez, dé cuenta del estado de la disciplina en los momentos actuales. La respuesta a este interrogante es que se han elaborado distintas imágenes a tal efecto, pero ninguna tan nítida como la precedente. Esto no es de extrañar dado el difícil encaje de conceptos tradicionales de definición y clasificación en algunos enfoques reflectivistas, especialmente, el posmodernismo.

3.3. UN MAPA DE LA DISCIPLINA EN EL CUARTO DEBATE

Varios autores han confeccionado mapas o matrices con la pretensión de que sirvan de guía a unas Relaciones Internacionales dominadas por la confrontación entre racionalistas y reflectivistas. El criterio básico seguido por ellos ha sido fijarse en la teoría social implícita en las posiciones de los participantes en el cuarto debate. Es decir, los mapas o matrices responden a

cuestiones de segundo orden, ontológicas y epistemológicas. N. G. Onuff y S. Guzzini han situado sus propuestas planteando un doble eje: por un lado, un eje ontológico referido al problema agente-estructura y, por otro, un eje epistemológico representado por la cuestión explicación-interpretación³². A. Wendt y E. Adler³³, por su parte, han elaborado mapas de la disciplina sobre un triple eje, lo cual permite ver lo que está en juego en el cuarto debate con un mayor grado de detalle. Estos autores proponen un doble eje ontológico, recogiendo, además del problema individualismo-holismo, la disyuntiva entre materialismo-idealismo. El eje epistemológico confiere a estos mapas un carácter tridimensional.

3.3.1. Los Ejes Ontológicos

Es fundamentalmente el mapa de Wendt el que se expone a continuación. La consideración de los ejes ontológicos permite llegar a una visión interesante, aunque no suficiente, de las Relaciones Internacionales, al menos de aquellas teorías situadas en el nivel del sistema. Los ejes ontológicos están dominados por una doble discusión. En cada una de estas discusiones hay dos posturas principales, lo cual da lugar a cuatro grandes grupos, a "cuatro sociologías" de la estructura³⁴.

La primera de las discusiones viene dada por la contraposición entre materialismo e idealismo. El núcleo esencial de la misma es: ¿en qué medida están las estructuras formadas por ideas?³⁵ Los materialistas piensan que el hecho más decisivo acerca de la sociedad está constituido por la organización de las fuerzas materiales. Estas fuerzas son importantes de maneras diversas: permiten manipular el mundo, dotan a unos actores con más poder que a otros, predisponen a los Estados a la agresión, crean amenazas, etc. Esto no quiere decir que las ideas no tengan algunas consecuencias, pero para los materialistas los efectos de las fuerzas no materiales son secundarios³⁶.

³² N. G. Onuff, *World of Our Making: Rules and Rule in Social Theory and International Relations*, Columbia, University of South Carolina, 1989, p. 57; S. Guzzini, *Realism in International Relations and...*, op. cit., p. 194.

³³ A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, op. cit., p. 23; E. Adler, "Seizing the Middle Ground: Constructivism in International Politics", *European Journal of International Relations*, Vol. 3, n.º 3, 1997, pp. 331.

³⁴ A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, op. cit., p. 23.

³⁵ *Ibidem*.

³⁶ *Ibidem*.

En las Relaciones Internacionales ha sido frecuente combinar poder e interés, por un lado, e ideas, por otro, como causas de determinados resultados. Poder e interés son conceptuados como fuerzas materiales y, ciertamente, ambos representan un conjunto distinto y relevante de causas sociales, pero esto sólo refuerza el materialismo si sus efectos no están constituidos por ideas. Por el contrario, los idealistas creen que la circunstancia más fundamental acerca de la sociedad es la naturaleza y estructura de la conciencia social³⁷. En ocasiones, esta estructura es compartida por los actores en forma de principios, normas e instituciones. La estructura así formada resulta de gran significación por varias razones: por constituir identidades e intereses, por ayudar a los actores a encontrar soluciones comunes a los problemas, por definir expectativas de comportamiento, por constituir amenazas, etc.³⁸. Estas razones no niegan un papel a las fuerzas materiales, pero para los idealistas estas fuerzas resultan menos centrales, siendo relevantes en tanto en cuanto están constituidas con significados particulares para los actores. En contraste con la tendencia materialista a tratar las ideas en términos estrictamente causales, los idealistas son proclives a resaltar los efectos constitutivos de las ideas³⁹.

La segunda discusión afecta a la relación entre agentes y estructuras. En este caso, la clave esencial de la misma puede formularse así: ¿cuál es el papel que desempeña la estructura en la vida social?⁴⁰ De la respuesta a esta pregunta emergen dos posturas: el individualismo y el holismo. Ambas reconocen a la estructura una función explicativa, pero difieren respecto a su status ontológico. El individualismo sostiene que las explicaciones científicas deberían ser reducibles a las propiedades e interacciones de los individuos⁴¹.

³⁷ *Ibidem*, p. 24. Varios autores pertenecientes a las corrientes críticas, especialmente constructivistas, hacen alusión a la obra de J. Searle cuando abordan la cuestión de las ideas. Para Searle, las ideas constituyen un fenómeno no sólo individual, sino también colectivo. Además de una "intencionalidad individual", hay una "intencionalidad colectiva". Cuando la intencionalidad toma la forma de "nosotros intentamos", estamos ante un "hecho social". Los hechos sociales, en tanto ideas intersubjetivas, son centrales en la ontología del constructivismo social. Ver: J. Searle, *La Construcción de la Realidad Social*, Barcelona, Paidós, 1997, pp. 43-44.

³⁸ A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, *op. cit.*, p. 24.

³⁹ *Ibidem*.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 26.

⁴¹ *Ibidem*. E. Adler ilustra la cuestión del individualismo haciendo referencia a la obra de J. Elster. Ver: E. Adler, "Seizing the Middle Ground...", *op. cit.*, p. 324-25. En efecto, Elster sostiene que "todos los fenómenos sociales —sus estructuras y sus cambios— son en principio explicables en términos de los individuos envueltos en ellos —sus propiedades, objetivos, creencias y acciones". Elster, J., *Making Sense of Marx*, Cambridge University Press. Cam-

El holismo, en cambio, mantiene que los efectos de las estructuras no son reducibles en el sentido expuesto. Contrariamente, dichos efectos contribuyen a la construcción de los agentes, tanto en términos causales como constitutivos. El individualismo implica una visión de la sociedad de abajo arriba que contrasta con la visión de arriba abajo del holismo⁴².

El individualismo, en todo caso, atribuye un status ontológico secundario a las estructuras. Puede aceptar que las estructuras generan determinados efectos. Cuando los individualistas afirman que las estructuras "construyen" las opciones de los actores, están queriendo decir que sólo tienen efectos sobre el *comportamiento* de los agentes⁴³. En una dirección distinta, cuando los holistas aseveran que las estructuras "construyen" los agentes, están dando a entender que tienen efectos sobre las *propiedades*, es decir, sobre las identidades e intereses de dichos agentes. Estos últimos, los efectos sobre las propiedades, son más profundos porque habitualmente generan también efectos sobre el comportamiento, pero no viceversa⁴⁴.

Las combinaciones entre las diferentes posiciones existentes en estos debates hacen posible dibujar un mapa de la disciplina basado en la consideración de aspectos ontológicos. Si colocamos el debate materialismo-idealismo en el eje horizontal y el debate individualismo-holismo en el eje vertical, obtenemos cuatro posibilidades clasificatorias. Como subraya Wendt, cada "sociología" conforma el núcleo ontológico de un programa de investigación que ejerce una fuerza centrípeta sobre las teorías sustantivas⁴⁵.

El mapa ontológico resultante pone de manifiesto los cambios habidos en los criterios de clasificación de las diversas partes implicadas en la nueva discusión. El contraste con el debate inter-paradigmático es apreciable, en la medida en que algunos de los viejos participantes en el mismo pasan a ocupar espacios bien distintos. La llamada escuela inglesa —compuesta, entre otros, por autores como H. Bull, M. Wight y R. J. Vincent—, que en el tercer debate era considerada como incuestionablemente realista, en el cuarto deba-

bridge, 1985, p. 5. Ver también su obra *Tuercas y Tornillos: Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*, Gedisa, Barcelona, (1989) 1990, p. 23.

⁴² *Ibidem*, p. 26. En lo que respecta al holismo, E. Adler trae a colación la postura de E. Durkheim. Ver: E. Adler, "Seizing the Middle Ground...", *op. cit.*, p. 325. Adler señala que, de manera opuesta a Elster, Durkheim pensaba que las ideas como "representaciones religiosas son representaciones colectivas que expresan realidades colectivas". Los hechos sociales no podían reducirse al nivel cognitivo individual. En su lugar, demandaban una explicación social. Esta cita de Durkheim puede encontrarse en: *The Elementary Forms of the Religious Life*, New York, Free Press, 1965, p. 22.

⁴³ A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, *op. cit.*, p. 26.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 27.

⁴⁵ A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, *op. cit.*, p. 29.

te, dada la importancia que concede a las normas, es conceptuada como antecesora de enfoques como el constructivismo. Contrariamente, el neoliberalismo, antes componente de primer orden del paradigma globalista, ahora aparece compartiendo un mismo bando con el realismo y neorrealismo. En fin, la Teoría Crítica, que en el debate precedente era agrupada con teorías estructuralistas, en el debate actual forma parte de las nuevas corrientes críticas.

Cuadro n.º 4
Mapa Ontológico de la Disciplina en el Cuarto Debate

Holismo	Teoría Sistema Mundial	Escuela Inglesa Constructivismo Teoría Crítica Feminismo Posmodernismo
Individualismo	Neorrealismo Realismo Tradicional Neoliberalismo	Liberalismo
	Materialismo	Idealismo

Adaptado de A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 32.

Del mapa ontológico nos interesa destacar las posiciones localizadas en los cuadrantes inferior izquierdo y superior derecho. El primero de estos cuadrantes recoge las posturas racionalistas, basadas en una ontología materialista e individualista, mientras que el segundo reúne los enfoques reflectivistas, caracterizados por una aproximación idealista y holista a la vida social.

Como hemos señalado, bajo la rúbrica de racionalismo son agrupados neorrealistas y neoliberales. La teoría neorrealista descansa esencialmente en el concepto de estructura. En un sistema anárquico, la estructura está definida por la distribución de capacidades o recursos de poder. No hay cabida pa-

ra las ideas en su concepto de estructura. Por otra parte, para explicar cómo emergen las estructuras, esta teoría entiende que el sistema político internacional es individualista en origen. Está formado de manera espontánea y no intencionada por las acciones de los Estados. Neorrealismo y neoliberalismo están muy próximos en términos ontológicos. Los autores neoliberales parten del concepto de estructura neorrealista y, por tanto, su ontología es igualmente materialista. Ahora bien, el neoliberalismo procede a incorporar las ideas, es decir, regímenes internacionales a su esquema conceptual. Junto con las estructuras, las ideas contribuyen a explicar comportamientos estatales. En lo que respecta al segundo eje ontológico, los neoliberales pueden ser calificados también de individualistas. Los regímenes internacionales son igualmente individualistas en su origen. Resultan de las acciones, en este caso intencionadas, de Estados que buscan superar las deficiencias institucionales del sistema.

Pese a lo dicho, debe matizarse el individualismo racionalista. Tanto las estructuras, en un caso, como los regímenes internacionales, en otro, una vez que han adquirido entidad propia, se convierten en marcos que limitan u orientan el comportamiento de sus creadores.

Los enfoques reflectivistas, ubicados en el cuadrante superior derecho, muestran una cierta coincidencia en su oposición al racionalismo. Para estos enfoques es imperiosa una reformulación de las bases ontológicas sobre las que se asienta la teoría internacional. El reflectivismo rechaza la ontología materialista del racionalismo. Mantiene que la estructura del sistema internacional está compuesta primordialmente por ideas. Puede haber variaciones sustanciales a la hora de definir la relación entre significados intersubjetivos y fuerzas materiales, pero en general las corrientes críticas tienden a destacar el papel preferente que desempeñan los primeros. En cuanto al segundo de los debates apuntados más arriba, el reflectivismo toma distancias con respecto al individualismo racionalista. Frente a las posturas dominantes en la disciplina, se acerca más a la parte holista de este eje ontológico. Es precisamente "el todo" el que constituye las identidades e intereses de los Estados. Lo que distingue a los autores reflectivistas es que las estructuras, compuestas por ideas, no sólo condicionan los comportamientos, sino que, además, construyen los agentes, en nuestro caso los Estados.

Hace breves momentos, hemos planteado una salvedad al individualismo racionalista. No obstante, debe recalarse que pese a la autonomía que estructuras y regímenes llegan a alcanzar, las críticas reflectivistas insisten en subrayar la prioridad ontológica que, tanto neorrealistas como neoliberales, otorgan a los agentes.

3.3.2. El Eje Epistemológico

Las cuestiones epistemológicas contribuyen a esclarecer aún más el mapa de la disciplina. Ya se ha indicado que los contendientes en el cuarto debate se hallan inmersos en una disputa, tanto ontológica como epistemológica. Racionalistas y reflectivistas van a distinguirse por sus aproximaciones diferentes al quehacer de las ciencias sociales. Desde las posiciones reflectivistas se lanza un fuerte ataque contra el positivismo que domina la corriente principal en las Relaciones Internacionales. Sin embargo, es conveniente realizar alguna observación con respecto a la utilización del calificativo de positivista. Como ha escrito Wendt, pocos autores englobados en la corriente principal se definirían así mismos con arreglo a los presupuestos del positivismo clásico. En realidad, más que de positivismo *versus* pospositivismo habría que hablar de naturalismo *versus* antinaturalismo⁴⁶.

La primera de estas posturas, la positivista o naturalista, que refleja el punto de vista del *mainstream*, defiende la existencia de una cierta unidad entre las ciencias naturales y las ciencias sociales⁴⁷. Aun reconociendo diferencias básicas entre ambos tipos de ciencias, los racionalistas entienden que los estándares epistemológicos y metodológicos propios de las ciencias naturales deben trasladarse a las ciencias sociales. El punto de partida es la teoría de la verdad como correspondencia. Para el racionalismo, el propósito fundamental de la ciencia es la elaboración de teorías o explicaciones generales sobre un mundo externo al propio observador. Para ello, el científico procede a la detección de regularidades en el estudio de un fenómeno concreto que, a través de un proceso de inferencia, convierte en leyes de comportamiento generales. Éstas encierran una relación causal, por la cual determinados acontecimientos son vistos como consecuencia directa de otros acontecimientos o condiciones previas. La solidez de estas leyes es contrastada deduciendo de ellas hipótesis que son sometidas a la prueba de los hechos. Si el proceso de verificación es exitoso, el suceso en cuestión es explicado como un caso particular de la ley general. En el supuesto contrario, ésta, al haber

⁴⁶ A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, op. cit., p. 39.

⁴⁷ En relación con el positivismo en las ciencias sociales pueden mencionarse, a modo de breve referencia, las obras siguientes: R. Bernstein, *The Restructuring of Social and Political Theory*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1976; C. Hempel, "Reasons and Covering Laws in Historical Explanation", en P. Gardiner (Ed.), *The Philosophy of History*, Oxford, Oxford University Press, 1974; C. G. A. Bryant, *Positivism in Social Theory and Research*, London, Macmillan, 1985; L. Kolakowski, *La Filosofía Positivista: Ciencia y Filosofía*, 3ª ed., Madrid, Cátedra, 1988.

sido falseada, deberá ser reformada o rechazada. Es lo que se conoce con el nombre de *Covering Law Model*. La relación entre teoría y realidad, que se materializa en los procesos de verificación o falseación, representa, pese a todas sus dificultades, la fundación sobre la que se asienta el conocimiento científico. De aquí, el marcado carácter empirista de la epistemología racionalista.

El punto de vista del reflectivismo no resulta fácil de exponer. Por las razones que se dan más adelante, tan sólo es posible una caracterización muy general del mismo. La epistemología reflectivista se sustenta en una diferenciación radical entre ciencias naturales y ciencias sociales⁴⁸. El objeto de estudio de estas últimas, los hechos sociales protagonizados por seres humanos, difiere sustancialmente de los objetos físicos característicos del mundo natural. Las acciones humanas poseen un rasgo único: el de la intencionalidad. Consecuentemente, los reflectivistas, asumiendo una postura con gran tradición filosófica, propugnan que los estándares epistemológicos y metodológicos en las ciencias sociales deben acomodarse a la especificidad de su objeto de estudio. El antinaturalismo dirige nuestra atención no tanto a la *explicación* como a la *comprensión* de los hechos sociales. Aquí, la ciencia tiene que ver con la elaboración de teorías o interpretaciones de las acciones humanas. El objetivo fundamental reside en la búsqueda del sentido de las acciones humanas, para lo cual resulta imprescindible contemplar dichas acciones en el marco de los significados intersubjetivos, es decir, del conjunto de prácticas lingüísticas y sociales existentes en una sociedad. La corrección de las interpretaciones no puede verificarse frente a un mundo exterior independiente de la mente. La heterogeneidad de significados intersubjetivos, tanto geográfica como históricamente, conduce no sólo a interpretaciones plurales sino a ver y habitar mundos diferentes. Pero negar la posibilidad de verificación o falseación naturalista no quiere decir que cualquier interpretación pueda ser válida. Éste es sin duda, como veremos en un capítulo posterior, un tema sumamente controvertido. Baste decir aquí que cabe valorar la validez de las interpretaciones conforme a los criterios convencionales que comparten los participantes en un discurso científico específico. Estos crite-

⁴⁸ Como se verá un poco más adelante, resulta imposible hablar de una posición única del reflectivismo en cuestiones epistemológicas. Hay alternativas al positivismo muy diversas, como el realismo científico, la hermenéutica, la teoría crítica o el posmodernismo. Sobre estas alternativas puede verse: J. Rubio Carracedo, *Positivismo, Hermenéutica y Teoría Crítica*, Barcelona, Humanitas, 1984; W. Outhwaite, *New Philosophies of Social Science: Realism, Hermeneutics and Critical Theory*, London, Macmillan, 1987; P. Rosenau, *Postmodernism and the Social Sciences: Insights, Inroads and Institutions*, Princeton, Princeton University Press, 1991.

rios pueden consistir en la existencia de cánones epistemológicamente informados de la interpretación histórica y en la crítica interna —teórica, conceptual y metodológica— de las interpretaciones realizadas⁴⁹.

Es interesante subrayar que frente al carácter un tanto inmutable del conocimiento —con pretensiones de generalidad, si no de universalidad— que propugna el "método científico", la interpretación quiere resaltar el contexto esencialmente histórico en el que se produce el mismo. Cuando desde posturas antinaturalistas se estudian expresiones de experiencias vividas por los seres humanos, es necesario proceder a dicho estudio teniendo en cuenta el mundo histórico en el que se produjeron y los valores y prácticas sociales vigentes en él. Debido a ello, lo que se considera una propensión a la generalización excesiva de las teorías racionalistas no es del gusto del reflectivismo. Para este último, el racionalismo, al prestar escasa atención a aspectos de tiempo y lugar, está marcado por una fuerte dimensión ahistórica.

El debate epistemológico condiciona, por tanto, el tipo de teorías, explicativas o interpretativas, producidas en las Relaciones Internacionales⁵⁰. A juicio de los reflectivistas, una parte muy importante de las insuficiencias teóricas del *mainstream* tiene su origen en la asunción de una epistemología ajena a la naturaleza de las ciencias sociales. Pero el compromiso epistemológico no sólo afecta a la opción entre positivismo y pospositivismo, entre naturalismo y antinaturalismo. De una manera más básica, como se ha puesto de manifiesto al hablar de la relación entre ontología y epistemología, la prioridad que el positivismo atribuye a esta última es determinante de lo que podemos encontrar en el mundo, de los problemas a los que debemos dirigir nuestro esfuerzo científico. Para los reflectivistas, ésta es también una cuestión de gran importancia. La epistemología empirista propia del racionalismo confiere el calificativo de científicas a aquellas explicaciones de fenómenos sociales capaces de superar procesos de verificación o falseación. Así, pues, únicamente fenómenos susceptibles de responder a las exigencias de contraste empírico merecen ser estudiados por la comunidad científica. La epistemología empirista posee consecuencias ontológicas innegables. De hecho, la epistemología determina la ontología. El mundo está compuesto por aquellos

⁴⁹ S. Guzzini, *Realism and International Relations...*, *op. cit.*, p. 196.

⁵⁰ Discusiones sobre cuestiones epistemológicas y metodológicas que se producen no tanto en el terreno de la Filosofía de las Ciencias Sociales como en el terreno propio de las Relaciones Internacionales, pueden encontrarse en: S. Smith and M. Hollis, *Explaining and Understanding International Relations*, Oxford, Clarendon Press, 1990; M. A. Neufeld, *The Restructuring of International Relations Theory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995; M. Nicholson, *Causes and Consequences in International Relations: A Conceptual Study*, London, Pinter, 1996; S. Smith, "Positivism and Beyond", *op. cit.*

entes y por aquellas relaciones entre ellos, cuyo estudio pueda traducirse en conocimiento científico. El reflectivismo da la vuelta a la prioridad concedida por el racionalismo a la epistemología. Si, para interpretar el sentido de las acciones humanas, éstas han de insertarse en el conjunto de valores y prácticas sociales imperantes en el momento histórico en que ocurrieron, entonces los conceptos de verdad y conocimiento se hallan entroncados en la historia y no por encima de ella. La epistemología, en consecuencia, ha de ocupar una posición secundaria respecto a la ontología. Entre otras cosas, esto va a significar el retorno a un primer plano de las cuestiones normativas. La teoría crítica, por ejemplo, ha hecho de la emancipación del ser humano el objetivo fundamental de su trabajo científico.

A modo de resumen, cabe decir que la primera de las posiciones en el cuarto debate, lo que hemos llamado racionalismo, se distingue por una ontología materialista e individualista. En el terreno epistemológico, se decanta por el positivismo o naturalismo. Neorrealistas y neoliberales se centran en la búsqueda de regularidades y explicaciones causales y en la necesidad de someter a contraste empírico el contenido de las mismas. El segundo de los contendientes en el cuarto debate, lo que hemos denominado de una manera genérica reflectivismo, defiende una aproximación ontológica, idealista y holista, diametralmente opuesta a la del racionalismo. A estos rasgos ontológicos hay que añadir una epistemología pospositivista. Los reflectivistas propugnan la interpretación de las acciones humanas a la luz de los significados intersubjetivos imperantes en el momento en que tales acciones tuvieron lugar. En la nueva orientación epistemológica, la verificación o falseación de las interpretaciones al estilo positivista carece de sentido.

3.4. COMPLEJIDAD Y PLURALIDAD EN EL CUARTO DEBATE

El mapa de la disciplina, tal y como ha sido expuesto, puede resultar útil para comprender aspectos vitales del estado de las Relaciones Internacionales en nuestros días. Pero no cabe duda de que constituye una simplificación considerable de la realidad. Si el debate inter-paradigmático, como instrumento conceptual de aproximación a las Relaciones Internacionales, ha sido criticado por forzar el encaje de teorías dispares en los tres paradigmas consabidos, otro tanto, aunque en un grado mayor si cabe, puede decirse del mapa descrito para situar la disciplina en esta nueva fase.

A la hora de establecer dicho mapa, se ha puesto el acento en aquellas coincidencias que han permitido fijar categorías más o menos coherentes. Esta circunstancia afecta a la caracterización, tanto ontológica como epistemoló-

gica, de las dos partes contendientes en el cuarto debate. Mas tal caracterización debe ser objeto de una serie de matizaciones que conduce a una pérdida de perfil de los contornos previamente trazados. En lo que atañe a la ontología, la ubicación del racionalismo en el cuadrante que define posiciones materialistas e individualistas puede resultar en alguna medida forzada⁵¹. En efecto, en el caso del neorrealismo, cabría aceptar un desplazamiento de este enfoque racionalista hacia el cuadrante superior izquierdo, dominado por posturas no individualistas sino holistas. Esto estaría justificado por aquellas partes de la obra de K. N. Waltz en las que destaca que la estructura contribuye a la socialización de los Estados⁵². De otro lado, el neoliberalismo podría moverse hacia el cuadrante inferior derecho, abrazando así una ontología más idealista. Las referencias a un contexto institucional —es decir, la introducción de principios, normas y reglas, en adición a factores estrictamente materiales, para explicar comportamientos— justificaría este movimiento.

Sin duda, la referencia a la síntesis neorrealismo-neoliberalismo, sobre todo si tomamos en cuenta las razones que moverían al neoliberalismo hacia el cuadrante en el que las ideas poseen un mayor peso, puede suponer exagerar en exceso los puntos de encuentro entre ambos, en detrimento de las discrepancias que han alimentado uno de los principales debates teóricos en los últimos años. Desde un punto de vista ontológico, las principales diferencias entre neorrealistas y liberales se registran a lo largo del eje materialismo-idealismo. En el terreno epistemológico, como veremos un poco más adelante, los puntos de vista discrepantes son considerablemente más superficiales.

Posiblemente, las simplificaciones adquieren un carácter mucho más marcado al hablar del reflectivismo. Cuando Keohane utilizó este término por primera vez, lo hizo como una especie de gran categoría residual en la que agrupar todas las voces críticas del positivismo del *mainstream*. Las expresiones con las que se describen las diferentes corrientes críticas reflectivistas deben entenderse como denominaciones muy generales que tratan de imponerse a una realidad en plena efervescencia teórica, con la pretensión de someterla a una disciplina conceptual. Es habitual que, dentro de las corrientes reflectivistas, cueste encontrar vínculos de unión entre los autores perte-

⁵¹ Estas observaciones son realizadas por A. Wendt en relación con el mapa ontológico que propone. Ver: A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, op. cit., pp. 30-31.

⁵² Waltz señala que el proceso de socialización lleva a los miembros de un sistema a la aceptación de sus normas. Pero de su obra se desprende que dicho proceso propicia la asunción no tanto de normas, sumamente escasas en el plano internacional, como de meros comportamientos necesarios para preservar la seguridad en un medio anárquico. Ver K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*. GEL, Buenos Aires. (1979) 1988, pp. 112-114.

necientes a ella. En ocasiones, incluso, no puede evitarse la sensación —desde luego no existente con tal intensidad en el debate inter-paradigmático— de que cada autor, bien nos refiramos, por ejemplo, al constructivismo o al posmodernismo, constituye una categoría en sí mismo⁵³. Como se ha comentado con anterioridad, en medios reflectivistas, la preocupación por la definición y la clasificación puede concebirse como parte de un proyecto uniformador que niega la pluralidad y la diferencia.

En el capítulo 8 se aborda con más detalle lo que hay de común y diverso en términos ontológicos en el reflectivismo. Aquí, de cara a matizar el mapa descrito, es procedente plantear dos observaciones. En primer lugar, de la misma manera que neorrealismo y neoliberalismo pueden desplazarse a otros cuadrantes, algo similar ocurre con la teoría crítica de influencia neogramsciana. Esta teoría, según Wendt, tiende a subrayar la importancia de las fuerzas materiales en la determinación de los significados intersubjetivos existentes en una sociedad. Por ello, este autor ha sugerido que esta vertiente de la teoría crítica podría deslizarse hacia el cuadrante superior izquierdo, presidido por una ontología más materialista⁵⁴. En segundo, es necesario mencionar que el eje individualismo-holismo, tal y como se ha descrito, no da a entender la profundidad del debate que buen número de reflectivistas, en especial los constructivistas, plantea en este punto. Cuando los reflectivistas son ubicados en la parte holista de este eje, esto no significa que defiendan la preeminencia de las estructuras sobre los agentes, diferenciándose así del *mainstream*. Lo que sostienen, como se verá posteriormente, es el carácter mutuamente constitutivo de estructuras y agentes, sin conceder a ninguno de ellos prioridad ontológica. Este modo de solucionar el problema agente-estructura no caracteriza por igual a todas las corrientes críticas englobadas en el reflectivismo. Este es el caso sobre todo del posmodernismo, ya que dentro del mismo la distinción entre estructura y agente resulta problemática.

Pero los mayores problemas para ofrecer una presentación unitaria del reflectivismo emergen en el terreno epistemológico. Puede sostenerse que los enfoques reflectivistas presentan un frente común contra el positivismo o naturalismo del *mainstream*. Ahora bien, esta oposición se construye sobre fundamentos epistemológicos muy diversos que van desde el realismo científico al posestructuralismo, pasando por la interpretación hermenéutica. Debe

⁵³ M. Neufeld ha señalado que el debate entre las diferentes corrientes críticas del positivismo puede ser tan intenso como el debate entre positivistas y pospositivistas. Ver: M. Neufeld, "Interpretation and the 'Science' of International Relations", *Review of International Studies*, Vol. 19, n.º 1, 1993, p. 40. En un sentido muy similar: J. G. Ruggie, "What Makes the World...", op. cit., p. 36.

⁵⁴ A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, op. cit., p. 31.

llamarse la atención sobre el hecho de que dentro del reflectivismo se produce un debate epistemológico de gran alcance. Para S. Smith es, si no el más importante, sí el más interesante de cuantos se desarrollan en la disciplina en la actualidad⁵⁵. Así, al debate naturalismo-antinaturalismo entre racionalistas y reflectivistas, es preciso agregar, al menos, el debate fundacionalismo-antifundacionalismo entre reflectivistas.

Las raíces de este debate, que reflejan el entrelazamiento entre ontología y epistemología, se hallan en la negación por parte del reflectivismo en general de la premisa positivista que distingue entre sujeto y objeto. Esta premisa no resulta difícil de mantener cuando el objeto de estudio es material. Efectivamente, hay una afinidad entre una ontología materialista y una epistemología positivista. En cambio, la distinción entre sujeto y objeto se torna más problemática, cuando, como sostienen los reflectivistas, las estructuras están constituidas por ideas⁵⁶. Esto quiere decir que los sujetos crean en buena medida los objetos que sus teorías pretenden explicar. No existe un mundo independiente con respecto al cual contrastar empíricamente proposiciones teóricas. Siendo esto así, una ontología idealista parece conducir a una epistemología pospositivista.

Pese a lo dicho, el reflectivismo no se ve necesariamente abocado a un relativismo epistemológico. Una parte sustancial del mismo —el constructivismo, el feminismo y la teoría crítica— consideran que la ciencia continúa representando un discurso epistemológico privilegiado. Manteniendo el papel de las ideas en la vida social, estas corrientes reflectivistas defienden un "fundacionalismo mínimo"⁵⁷, es decir, la referencia a determinados criterios básicos para discriminar entre alternativas teóricas a la comprensión del mundo. A modo de ejemplo, pueden presentarse las tesis de la teoría crítica al respecto. Tomando como base la teoría de la acción comunicativa de Habermas, los teóricos críticos mantienen como criterio básico la capacidad para contribuir a la emancipación del ser humano. Por su parte, los posmodernistas, alejándose del Proyecto de la Ilustración, rechazan el "fundacionalismo mínimo". Su posición implica, en palabras de Lyotard, "una incredulidad

⁵⁵ S. Smith, "The Self-Images of a Discipline ...", *op. cit.*, p. 26.

⁵⁶ A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, *op. cit.*, p. 39.

⁵⁷ La expresión "fundacionalismo mínimo" fue acuñada por N. Rengger y M. Hoffmann para caracterizar la posición epistemológica de la teoría crítica. Podría por extensión aplicarse también a otros enfoques reflectivistas no-posmodernistas. Ver: N. Rengger and M. Hoffmann, "Modernity, Postmodernism and International Relations", en J. Doherty, E. Graham, and M. Malek (Eds.), *Postmodernism and the Social Sciences*, New York, St. Martin's Press, 1992, p. 133.

respecto a las metanarrativas"⁵⁸. Esto significa que no hay fundación posible, al margen de teorías individuales, que sirva de árbitro neutral para dilucidar entre discursos alternativos. Históricamente, determinadas teorías han gozado de predicamento no por sus méritos intrínsecos, sino por la relación poder-conocimiento. Ésta relación ha sido clave para justificar el predominio de una teoría y la marginación de aquéllas que constituían alternativas a la misma.

El debate entre fundacionalistas y antifundacionalistas difumina notablemente el mapa de la disciplina presentado. Y ello porque tiende a crear una nueva divisoria que rivaliza con la que separa a racionalistas y reflectivistas. La defensa de la ciencia, es decir, de algún tipo de fundación sobre la que asentar un conocimiento científico puede colocar en un mismo bando a autores del *mainstream* y a autores de corrientes críticas reflectivistas. Frente a ellos, cabe ubicar al posmodernismo que, como se ha expresado, niega a la ciencia un status epistemológico privilegiado. No obstante, es necesario advertir que tampoco aquí la línea divisoria es tan clara como parece desprenderse de la afirmación anterior. Aunque puede ser cierto que tanto autores racionalistas como reflexivistas son partidarios de algún tipo de fundación que permita hablar de ciencia, este último grupo de autores parte en su justificación de dicha fundación de posiciones filosóficas muy distintas de las positivistas. En definitiva, como veremos, su fundacionalismo difiere en forma y en contenido del defendido por los racionalistas.

Por tanto, no puede menos que reconocerse que el cuarto debate no presenta un perfil excesivamente definido. El cuadro inicial que emerge del mapa de la disciplina, con sus coordenadas ontológicas y epistemológicas, va perdiendo el vigor de sus rasgos fundamentales a medida que introducimos una larga lista de matizaciones. Pese a ello, el hecho de pasar de una situación de cierta claridad, dominada por las simplificaciones, a otra de mayor confusión, tras la toma en consideración de observaciones difíciles de ignorar, constituye un ejercicio que hace posible entrar en contacto con las complejidades y ambigüedades del cuarto debate.

⁵⁸ J.-F. Lyotard, *La Condición Postmoderna. Informe sobre el Saber*, Madrid, Cátedra, 1984, p. 10.